



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12440

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 25 DE ABRIL DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Las elecciones

A la hora presente ha llegado á su período algido el movimiento electoral. Tiempo hacía que no se sacrificaba en los altares del sufragio con el fervor que ahora.

De aquí no hablemos; como no hay lucha y cada candidato tiene asegurado un puesto, no hay preocupaciones por el resultado de la votación. Esta se hará tranquila, sin apresuramientos, sin tener que apurar los recursos de que se echa mano cuando se libra una batalla. Mañana noche serán diputados, por el número de votos que digan las urnas, y el jueves próximo serán proclamados recibiendo el acta.

Lo que pasa aquí pasará en otras partes, en todas donde los candidatos se ajusten al número de puestos. Donde no, el combate se presenta empeñado, disponiéndose los combatientes a apurar todos los recursos, desde los que pone á disposición de los luchadores la ley del sufragio, allí donde se ejercita el derecho en toda su pureza, hasta los que proporciona la fuerza donde las malas artes amenazan decidir la victoria por medio de atropellos.

La vista del país está fija en estos momentos en las grandes capitales, donde se anuncia la batalla con caracteres realmente extraordinarios. Madrid, Barcelona, Valladolid, Valencia, promueven expectación grandísima. Hay en esos pueblos verdadera fiebre, tan alta y fatigosa, que el nuevo acceso de mañana pudiera resolverse en trastornos mas o menos sangrientos.

En las actuales elecciones no hay fuerzas políticas que no se presenten en orden de batalla. Solo aquellas que abominan de toda autoridad y toda ley, los anarquistas, permanecen lejos del campo de la lucha; las demas, conservadoras, liberales, socialistas, republicanas, carlistas y regionalistas esperan arma al brazo el alborar del día venidero para entrar en acción.

A medida que pasan las horas crece la ansiedad. Vela el gobierno y velan los partidos. Apréstanse los interventores a ocupar sus puestos. Se disponen á ocupar los suyos los obligados alcaldes de barrio, por que el día de mañana, tan deseado y tan importante, es el día en que, por unas cuantas horas, asumen aquellos funcionarios humilísimos casi toda la autoridad.

Los momentos que faltan para empezar la lucha no son de descanso, que son incompatibles la ansiedad y el sueño. Son esas horas de preparativos; de dar los últimos encargos, de circular las ordenes postreras, de designar las comisiones que han de vigilar la votación, de calcular probabilidades y sobre todo de vigilar al enemigo para prevenir su mala fe y sorprender su plan.

Esta noche es de ilusiones, de esperanzas, de trabajo asiduo, de ansiedad creciente, de expectación grandísima. En la oficina electoral que todo partido tiene establecida, se trabaja con actividad, con furor, aprovechando los minutos. Los viejos electores relatan incidentes de otras elecciones reñidas en que se batió el cobre; y, como el antiguo soldado cuenta las peripecias de un combate, recalando los hechos de mas notoriedad, así van

ellos contando y recreándose en los hechos de aquellas elecciones pasadas en las que hicieron prodigios de ingenio y en ocasiones de valor.

Así pasan las horas, alentando á la gente que escucha, esperando la luz del nuevo día, ansiando la hora del combate para salir de dudas, porque la tensión nerviosa se hace insoportable y la fiebre ha llegado al colmo.

Terminaron los milins, los viajes de propaganda, las conferencias, las reuniones, todo, y comienza la caída de papeletas en las urnas.

¿Qué resultado dará el escrutinio?

El país está pendiente de esa interrogación.

EN LA RUSENCIA

Tan solo una vez te ví;
y te amé con tal pasión,
que anhelé mi corazón,
vivir siempre para tí.

Poco después ¡ay de mí!
cuando logré mi ilusión,
fue tan grande la impresión
que al tenerte recibí,
que fascinada perdí
mi ya perdida razón.

En cruel separación
desventurado cal,
y ensimismado gemí
con amargada aflicción.

Desterrado en un rincón
estoy viviendo sin tí...
mas no temo; que aunque aquí
descendiera al panteón,
hasta esa triste ocasión
te amaré con frenesí.

Por ese preciosa huri,
hábito solo en unión
de unas luchas ¡ay! que son

lo más duro que bebí.

¡Tormentos que no creí
tuviesen tal duración!...
Y aunque busqué la expulsión
de las penas que sentí,
jamás pude; y solo sí
destruó mi corazón.

Jesús Bañe Tormo.

Portmán.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El Sr. Maura no aspirará ya, así lo suponemos, al diploma de la sinceridad electoral y se contentará con pasar á la historia como un ministro de la Gobernación que ha hecho las elecciones por los procedimientos tan antiguos como desacreditados.»

El Sr. Maura no aspiraba á ningún diploma, sino á favorecer á sus amigos con el acta.

Y como lo consigne se encuentra satisfecho.

Por lo demás ¡no se dan á sí mismo patentes de tontos los que creyeron en la sinceridad!

Hablar de eso es cursi.

Y entre que le llamen á uno tonto ó callarse la queja, vale más no hablar.

Después de todo ¡á ver quién se encuentra en condiciones de arrojar la primera piedra al Sr. Maura!

¡Oigan! ¡Oigan!

«Un distinguido médico griego, el doctor Psaltoff, ha traído de Atenas una corona para colocarla en la tumba de Castelar, como homenaje del pueblo heleno al gran artista de la palabra española.»

Por dos cosas nos alegramos de eso

Por el honor que España recibe al ver honrado de tal modo á uno de sus hijos predilectos y por la cara de disgusto que pondrán los detractores del popular y universal tribuno.

Dicen de Tánger:

«Continúan recibiendo noticias satisfactorias de Fez y de Mequinez, las cuales demuestran que el sultán cuenta con elementos suficientes de defensa.»

Poco es para un sultán que tiene su imperio en entredicho.

Mientras no tenga elementos bastantes para atacar al Padre de la burra y reducirlo á polvo, como si no tuviera nada.

Y así va resultando: fuera de Fez casi no va existiendo el sultán.

De un telegrama electoral:

«La candidatura del federal Franqueza tendrá alguna votación.»

¡Franqueza en elecciones!

¡Se aloga, vaya si se aloga!

Un candidato con ese apellido tiene que naufragar.

Y ni no al tiempo.

Dicen de Coreubión:

«En carruaje particular ha llegado el candidato Sr. Sanjurjo.»

El dato es altamente interesante.

Porque si llega en carruaje de alquiler, —tartana ó carro de violín por ejemplo,— ni el vecindario ni la masa obrera le hubieran recibido con el entusiasmo que dice el telegrama.

Mañana en la gran contienda que en Coreubión se armará el candidato caerá con coche, potros y rienda.

Y monte usted en carruaje particular y devore leguas para eso.

El toro de San Marcos

Los rebuscadores de antiguallas no conseguirían, aunque se le propusieran poner en claro de cuándo viene y cómo se ha sostenido hasta el presente la guasa del toro de San Marcos.

Pero la cosa subiste y todos los años cuando se aproxima el día del Evangelista San Marcos, cuyo evangelio se simboliza precisamente con un León, y no con un toro, los ciegos venden á cuarto, como en «llo tómporez», los celebrados toricos.

Que ya se sabe para lo que sirven, para pagaré indefinido de lo que se pide por sorpresa el día de San Marcos. Autos ni después, no vale.

Es el timo antiguo, caudoroso, infantil,



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.^a



LA DOBLE VISTA

29

28 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

LA DOBLE VISTA

25

terios que le dirigian las señoras, seducidas por la alegría de su rostro; su aire distinguido, y la elegancia de sus maneras.

—Esta jóven, decía él, prefiere sus antiguos amigos á las nuevas conquistas; me gusta este modo de pensar y la perdono la poca pica con que ha aceptado mi invitación.

La orquesta empezó á preludiar la cuarta contradanza; Edgar tomó la mano de su bella pareja, y como to era político mirarla con el anteojo hablando con ella, se entregó al placer de escucharla y admirarla.

La señorita d'Armillé había dejado su aire burlón, su elegante talle estaba erguido, su rostro animado su andar más seguro, llevaba impresa, en fin, la satisfacción que experimenta una mujer al bailar con un hombre que la agrada; esa confianza de una b. Marina que encuentra una buena pareja, ó la de un sábio jugador de Whist, á quien la suerte le depara un contrario digno de él.

Mr. de Lorville observó este cambio, y le atribuyó al efecto que producía la belleza de la señorita d'Armillé y al deseo de parecer hermosa al numeroso círculo de adoradores que les rodeaba; pero bien pronto vió que este cambio de maneras se extendía solo á él. La señorita d'Armillé parecía todavía dulcificar sus miradas para dirigirla sobre las suyas, y escoger los más tiernos acentos de su voz para contestarle.

—¿Tu aquí, dijo, orel que tu posición!...

—No me hables de ello, le interrumpió Mr. Narvaux, me has visto avergonzado, pero no me hago mejor de lo que soy; y cuando una linda muchacha me dice: Yo lo quiero, iria al baile que diese mi mayor enemigo por verla bailar. Edgar se admiró de la audacia de esta mentira y se prometió desconcertarle. Sin embargo, viendo que Federico no se separaba de su lado, empezó á arrepentirse de haberle hecho invitar; y, aprovechando el pretexto que se le ofrecía, se perdió entre la multitud y corrió á buscar pareja.

Esta era una rubia radiante de belleza y melancolía. De grandes ojos negros, medio velados por largas pestañas, una sonrisa continua, un aire de complacencia y al mismo tiempo una actitud lánguida daban á su conjunto un encanto inexplicable.

Edgar no pudo obtener más que la cuarta contradanza; de tal modo los elegantes se estrechaban alrededor de ella. La señorita de d'Armillé había tomado un aire burlón cuando Edgar la rogó bailara con él. Para conocer la causa la miró con anteojo al alejarse.

—Es muy fastidioso, pensaba ella, bailar con personas á quienes no se conoce.

Esta reflexión agradó mucho á monsieur de Lorville. Ya empezaba á cansarse de las continuas coque

—Recitar quinientos versos para dos guardias nacionales, que vienen á dormir gratis estendidos en las butacas!... Y todo este era hacer el amor propio de un cómico.

La ópera no le ofrecía menos que observan; los ruidosos compañeros del cende Ory no eran todos tan alegres y tan borrachos como querían parecer. «La Sonámbula» no era tampoco tan desgraciada por una sospecha que se esforzaba en hacer creer; por último, los abonados á la ópera y los de otros teatros, se maravillaban á menudo de ver en el balcon un jóven que parecía de talento, quedar solo serio cuando todos reían á carcajadas, mientras que, al contrario, reía ¡á veces como un loco en los momentos más patéticos y de mejores arranques de nuestras principales astringes. A menudo, los espectadores próximos á él se alejaban bruscamente, no pudiendo darse cuenta; de su malestar, pero como magnetizados por la mirada de este jóven, que se sonreía sin hablarlos.

Había una noche en la Ópera, en los palcos terceros del frente, una señora muy gruesa y adornada que debía tener alguna idea bien singular, porque Mr. de Lorville se desternillaba de risa al contemplarla.

Era el día del gran baile, de que ya hemos hablado. Mr. de Lorville estaba hacia una hora en casa de la embajadora, paseándose de acá para allá, mirando,